

Libros

OFICIOS Y MENESTERES

BEATRIZ ESPEJO, VOYERISTA DESENFADADA

Por Alejandro Toledo

Es común presentar como contrarios los términos creación y crítica; no obstante que son incontables los casos de escritores metidos a analistas, o viceversa, tal idea olvida por otro lado que la imaginación no camina sola, pues el ejercicio literario enfrenta las armas de la razón y de la fantasía. Hay un pozo profundo en que se mezclan ambas actividades, y si en ese pozo arrojamos una buena cubeta y tiramos de la sogá, obtendremos agua cristalina que saciará la sed de más de uno. La calificación externa —novela, cuento, estudio crítico—, importa menos que el placer que nos produce la sustancia. Lo que debe ser imprescindible es que exista la sustancia.

Pero los críticos, es verdad, a veces son malos escritores; aunque, debemos decirlo, si son malos escritores son también malos críticos. Un crítico sin conciencia de las palabras, no puede pesar los aciertos ajenos ni los propios. Aunque no ejercite la creación, el crítico debe saber estructurar sus párrafos, buscar frases y giros de fortuna, alimentar su texto de rectas digresiones. . . El juicio lapidario lapida al crítico cuando no hay soporte argumental y sí errores de sintaxis y ortografía. Imaginemos uno que trabaje la siguiente frase: "Este libro merece ser atendido porque registra con elocuencia y buena prosa el mundo cotidiano que sucede todos los días."

Ahí termina toda credibilidad del lector para con el supuesto crítico; ahí ya no hay argumento que funcione ni prosa que sobreviva. Los trabajos académicos están llenos de ejemplos de este tipo, galimatía tras galimatía, siempre en tono doctoral, según el método científico.

Beatriz Espejo ejerce la docencia pero no comete tales indecencias; ejerce el pe-

riodismo cultural y lo enaltece con una prosa discreta, educada en la lectura atenta de la generación del Ateneo de la Juventud, nuestros mejores prosistas. Beatriz Espejo ejerce la narrativa, y por ello sus trabajos de crítica literaria se ven sostenidos por una decantada sensibilidad. En un cuento como en un ensayo, la construcción acertada y el juicio claro son indispensables. Esto lo sabe Beatriz Espejo, y a las pruebas, como diría el doctor Jekyll, me remito.

Oficios y menesteres reúne seis ensayos de variada extensión con un tema unificador: la mujer mexicana en la cultura. El libro se apropia para definirse de un término que no me parece acertado, que es el de "crónicas". En su sentido cabal, la crónica es narrativa y por ello se basa en el encadenamiento de escenas; Beatriz Espejo maneja descripciones, y sus vetas narrativas le sirven para fijar tal o cual carácter. Yo preferiría el término "reportaje literario", si hemos de manejarlos entre los géneros periodísticos: hay tras la escritura una investigación documental muy acuciosa, y esta base soporta los ejes del retrato. Dije "retrato", pues fuera de toda ortodoxia es el mejor modo que tenemos para definir el género de *Oficios y menesteres*. Paso a explicar por qué.

En su esquema original el retrato implica un diálogo entre retratado y retratista: la imagen detenida es doble, ya que concentra la dualidad del rito. Es uno el que mira y otro el que es mirado. El juego de espejos lo asume una escritora, ella misma Espejo, y que es mujer y se ocupa de las mujeres. Esto, por otra parte, es muy obvio. Lo no obvio es que el retrato implica además no un reconocimiento visceral sino una distancia crítica; y el punto más en crisis es el de la identificación de los fantasmas. Beatriz Espejo no alega a favor de las mujeres, no ataca a los hombres, sino que investiga destinos.

Además hay un transcurso voluntario del distanciamiento del crítico a la primera persona que testimonia un encuentro, de la lejána Frances Erskine Inglish, marquesa Calderón de la Barca, a Rosario Castellanos. Si algo unifica a las personalidades de las que habla Beatriz Espejo, es ese impulso, tímido o férreo, del trabajo creativo; si algo más las unifica es su tendencia al silencio. Dice la poeta argentina Tamara Kamenszain: "Si la escritura y el silencio se reconocen uno a otro, en ese camino que los separa del habla, la mujer, silenciosa por tradición, está cerca de la escritura."

Silenciosamente, la prosa de Beatriz

Espejo visita el panteón literario nacional y se detiene en la Rotonda de las Mujeres Ilustres, donde coloca flores con espinas. ◇

Beatriz Espejo, *Oficios y menesteres*. Col. Molinos de Viento, 50, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, 82 pp.

BESTIARIUM

EL OLEAJE DE LA VIDA

Por Santiago Espinosa
de los Monteros

Flor Garduño presentó su libro titulado *Bestiarium* (como viene escrito en el libro o *Bestiario*, según la invitación) en la Galería de Arte Contemporáneo el pasado viernes 12 de febrero. Nada hubiera sido tan memorable si se hubiesen separado la exposición de las fotografías que conformaban este volumen, de la presencia obligada del propio libro.

En las paredes de la Galería se podían mirar, en la amplitud que da una visión panorámica, los fotos que estaban en las páginas del libro y que, al igual que en el volumen, nos contaban una historia.

En 1985 Flor Garduño presentó también en esta galería el libro *Magia del juego eterno* publicado por Guchachi' Reza A.C. de Juchitán, Oaxaca. De ese libro se retoman hoy para *Bestiarium* fotografías como *Minotauro* (portada del volumen) *Centauro*, *Nube*, *El pez Dios*, *Pascua* y *Caballito de Soyaltepec*. No obstante ser material que no es inédito, al caer en el nuevo libro cobra una vigencia total, dado que no sólo está unido a la idea del recuerdo zoológico sino que guarda una cordura temporal y étnica que le hacen poseer una gran unidad.

Flor Garduño ha sido una fotógrafa preocupada por la técnica. Se podrá pensar que todos, por lo general, lo son, pero el caso de Flor es distinto dado que ha colaborado de un modo muy cercano con Don Manuel Álvarez Bravo y con Jesús Sánchez Uribe, fotógrafos entre quienes median casi ochenta años pero que comparten más que un lenguaje formal, una forma de hacer —bien— las cosas. Esta influencia directa no puede dejar sino disciplina y convencimiento de que el detalle, la minucia y en ocasiones hasta el aparente error, son parte de un código expresivo que se maneja cotidianamente para poner en claro (o en blanco y negro) una idea, una historia, un país.